

# Simbologías sociales y religiosas en los cementerios de Bizkaia (ca. 1850-1998)

(Religious and social symbologies in the cemeteries of  
Bizkaia [ca. 1850-1998])

Enríquez Fernández, Javier  
Sesmero Cutanda, Enriqueta  
Agirilan, S.L.  
Tendería, 4-6º dcha.  
48005 Bilbao

BIBLID [1137-439X (1999), 18; 347-364]

*Nuestros cementerios extraeclesiales reflejan la desestructuración de la comunidad antiguorregimental por el liberalismo burgués. Son espacio de aculturación social y trasunto de la clasista compartimentación urbanística. Las actuaciones actuales en uniformación o distribución responden a una programación "neovasca". La decoración pierde riqueza semántica, salvo en tumbas políticas. El kitsch muestra peculiaridades devocionales y una homogénea oferta comercial. El terror religioso decimonónico deja paso a referencias sólidas y amenas (familia, tierra natal, cultura autóctona), respuesta a la inseguridad existencial actual.*

*Palabras Clave:* Cementerios. Cultura funeraria. Simbología religiosa. Sociología religiosa. Urbanismo.

*Liberalismo burguesak obraturiko antzinako erregimenaren desegituratzea islatzen dute gure elizatik kanpoko hilerriek. Garaiko gizarte-akulturazioaren gune eta hirigintza-konpartimentazio klasistaren irudi dira hilerri horiek. Berdintasun edo banaketa iharduerak "neovasco" deituriko programazioari erantzuten diote. Dekorazioak aberastasuna galtzen du, salbu eta hilotza politikoetan. Kitsch-ak deboziozko berezitasunak ageri ditu, merkatu-eskaintza homogeneoarekin batera. XIX. mendeko erlijiozko beldurrak bide eman die erreferentzia sendo eta atseginei (familia, sortzeria, bertako kultura), egungo segurtasunik ezaren erantzun gisa.*

*Giltz-Hitzak:* Hilerriak. Hileta-kultura. Erlijiozko sinbologia. Erlijiozko soziologia. Hirigintza.

*Nos cimetières extra-ecclésiastiques reflètent la déstructuration de la communauté de l'ancien régime provoquée par le libéralisme bourgeois. Ce sont des espaces d'acculturation sociale qui imitent la compartimentation urbaine clasiste. Les agissements actuels en matière d'uniformisation ou de distribution répondent à une programmation "néo-basque". La décoration perd de sa richesse sémantique, sauf dans le cas des tombes politiques. Le kitsch montre des particularités dans la dévotion et une offre commerciale homogène. La crainte religieuse du dix-neuvième laisse place à des référence solides et agréables (famille, terre natale, culture autochtone), en réponse à l'insécurité existentielle actuelle.*

*Mots Clés:* Cimetière. Culture funéraire. Symboles religieux. Sociologie religieuse. Urbanisme.

En diciembre de 1994 los autores de las páginas que siguen, Concepción Hidalgo de Cisneros Amestoy y Adela Martínez Lahidalga emprendieron la realización de un catálogo de los ciento ochenta y cinco espacios de enterramiento vizcaínos cuyo uso es público, con independencia de su titularidad (municipal, la inmensa mayoría; eclesiástica o privada), con el fin de describir sus características físicas, registrar escrita y fotográficamente sus elementos de alzado señeros y documentar su construcción. Lo que ahora sigue es el primer resultado de un trabajo de campo y una reflexión paralelos, que en alguna ocasión retoma datos registrados por nuestras compañeras, a quienes agradecemos la generosidad de ponerlos a nuestra disposición.

Entre las visitas -superficiales por responder a otra investigación- que terminarían dando origen al proyecto y las sistemáticas de su realización mediaron tres o cuatro años, durante los cuales se habían producido unos cambios que, por comparación con las largas tendencias que consideramos los historiadores, nos resultaban vertiginosos. Por desgracia, el tiempo y las condiciones de realización del estudio nos impidieron el vaciado exhaustivo de los componentes simbólico-decorativos de nuestras necrópolis. Sirvanos de descargo el hecho de que una de ellas ha sido objeto de una tesis doctoral, centrada en sus aspectos artísticos, lo que da idea de su riqueza<sup>1</sup>; y si bien es cierto que Vista Alegre de Derio (que sirve a Bilbao) supera en extensión a las restantes, no son excepción las que resisten comparársele en cuanto a complejidad compositiva. Sabemos que apenas arañamos temas donde lo social y económico se funden con lo psicológico y lo etnográfico en multitud de ecuaciones. Dado que las variaciones continúan y es de prever que aumenten, cuando menos por la rápida aceptación popular de las incineraciones primarias -inmediatas al deceso, no de restos exhumados-, es deseable una actuación rápida y a la vez prolongada en el tiempo que deje a los futuros investigadores testimonio de unas formas materiales crecientemente perecederas y de unas creencias en gran medida estereotipadas, si es que en verdad lo que observamos responde a una religiosidad profunda. Se esté de acuerdo o no con su estética y sus principios, forma parte de nuestra cultura; y por sobresaturación del espacio, vaivenes del gusto o desidia, muy poco quedará de él cuando nosotros mismos vayamos al otro barrio, que en términos de Historia será enseguida por tarde que procuremos mudarnos.

## **1. DEL HUERTO SANTO EXTRAECLESIAL AL CEMENTERIO EXTRAURBANO**

El cementerio tal y como ahora lo entendemos es una invención del mundo contemporáneo, expresión de un nuevo modo de vivir, entender y sentir la muerte: individualista, temida como la peor de las fatalidades y por eso mismo ocultada. En contraposición a las etapas históricas precedentes, el camposanto contemporáneo quiere aparecérsenos como un sitio vivencial distinto, bello en sus formas y aséptico en sus contenidos. Sin embargo, esta percepción es una falacia. Nuestros cementerios están plagados de símbolos religiosos y socioculturales, son un símbolo en sí mismos. Intentaremos desentrañarlo, partiendo de su creación.

### **1.1. La desaparición de la huesa como nodo de relaciones sociales**

Para comenzar, la conformación del camposanto como ente cerrado y alejado de la cotidianidad mundana y religiosa nos resulta el trasunto de la dialéctica que Iglesia católica y Estado liberal mantuvieron durante, al menos, el tercio central del XIX, período de erección de la inmensa mayoría de nuestros recintos funerarios extraeclesiales, o de sus directos antecesores. El Concordato con la Santa Sede, firmado en 1851, sancionó la drástica reducción del patrimonio inmobiliario del clero; de ahí la rotulación de "Cementerio Municipal" en varios del último

---

<sup>1</sup> Arnaiz Gómez, Ana: *La memoria evocada. Vista Alegre, un cementerio para Bilbao*; Bilbao: Universidad del País Vasco, 1995.

cuarto del XIX (Gautegez-Arteaga, Alonsotegi), no contemplada en los de construcción reciente por no constituir ya un problema la secularización de los espacios públicos no estrictamente eclesiales. A cambio de una reducción formal de su intervención en la enseñanza y del eclipse en las tareas de gobierno, el clero obtuvo garantías de confesionalidad oficial; y puso al servicio de los programas conservadores su capacidad como dique contra el descontento social, amalgamando la aculturación en valores de sumisión y abnegación y una tímida llamada a paliar las peores situaciones de opresión y miseria. Fuera cual fuese el grado de empatía, esta entente contra la subversión del Orden se mantuvo tan activa en la cúpula estatal como para el control de una Bizkaia en rápidas proletarización y desvirtuación de los modos de vida agrarios y artesanales tradicionales. Diseñados según las pautas de las élites, los camposantos han reflejado la religiosidad oficial, que en paralelo a su construcción estaba siendo impuesta mediante asociaciones pías y pio-laborales, misiones internas basadas en prédicas y festejos sacros masivos, en que la aparente toma de la calle por la muchedumbre difuminaba el dirigismo que relegaba a ésta al papel de espectadora o, a lo sumo, participante cuasi-pasiva.

Cierto es que en el momento en que se optó por el cementerio cerrado, frente a opciones “abiertas” como la anglosajona ajardinada, además de los factores psicológicos intervinieron otros de orden cultural, político y social que condicionaron la adopción de modelos consensuados, algo distanciados con respecto a los posicionamientos teóricos de sus mentores. Las clases populares de principios del XIX seguían aferradas al ideal de templo-cementerio y no veían con agrado la obligatoriedad de enterrarse fuera de la iglesia. Las motivaciones eran diversas. De la cumbra a las goteras, el tejado de la parroquia delimitaba un lugar específicamente dedicado a la divinidad -por más que hubiera costado despojarlo de usos extraculturales-, en el que su presencia salvífica era constante; los potentes muros, con vanos a gran altura, lo deslindaban del mundo externo, luminoso pero en equilibrio inestable -una sequía, una epidemia...- y acentuaban la especial disposición interior, la sensación de orden seguro y atemporal con que se esperaba la salvación. La sepultura, como el asiento de varón en la nave central, era uno de los pertenecidos del caserío o casa, que había de ser transmitido indiviso para ni perder un bien material, ni renunciar a una no menos importante preeminencia, a la que no todo edificio habitable tenía derecho<sup>2</sup>. Y además, la inmensa mayoría de templos, matrices o no, se había erigido gracias al aporte de los fieles en dinero, materiales y bestias de tiro y propio sudor en trabajo comunitario o *hauzolan*, realidad reconocida durante siglos mediante la participación de las feligresías en la fábrica, es decir, la administración de las finanzas religiosas, que se nutrían de su esfuerzo vía diezmo, exenciones de sisas municipales a los vinos, etc.<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> Muy tardío, y significativo, pleito en el Archivo Foral de Bizkaia [A.F.B.], sección Judicial [J.], fondo Tenencia del Corregimiento de Busturia [T.B.], cj. 115, nº 5, 13.VII.1866: toma de posesión de la sepultura de la casa-molino de Tribis en el interior de Santa María de Albóniga (Bermeo), realizada por el matrimonio donatario de la finca, labriegos busturianos, arrodillándose sobre ella junto con la donante y colocando la esposa el mantel para oblada y el candelero (argizaiola), con amparo del juez de primera instancia comarcal frente a una familia bermeana que se había colocado encima el día de San Pedro, señalada fiesta en que toda la barriada acudía a la misa mayor. En esa ocasión habían desplazado a las inquilinas, obligadas -como era habitual por doquier- a aportar las ofrendas mortuorias como parte de la renta a cambio del derecho a ser enterradas allí si fallecieran estando corriente el arrendamiento. Sustituir esa ventaja por la vulgar fosa común fue otra de las razones contra las necrópolis al aire libre.

<sup>3</sup> E incluso parte del clero, en un inicio, como prueban su aceptación de las inhumaciones intraeclesiales y las disposiciones para el propio entierro en fosa interior hasta entrados los años 40 de aquel siglo. Como ejemplos, cfr. A.F.B., sección Administrativa [A.], fondos del antiguo Archivo de Gernika, Archivo Alto, sección Culto y Clero, reg. 33, leg. 1: patrullas de miqueletes reprimiendo tales inhumaciones por el Marquiesado, en 1841; id., sección Municipal [M.], Archivo Municipal [A.M.] de Fruiz, cj. 28, nº 2 (libro de acuerdos y decretos 1842-1869), 30.V.1847: contra ellas, 550 reales de multa (la renta de un caserío medio); y A.M.Zeberio, M., cj. 36, leg. A, nº 5, fol. 10<sup>r2</sup>-v<sup>2</sup>, 20.I.1841: testamento del presbítero don Juan Miguel de Idirin, quien, de no ser admitido en la sepultura de cierta casería, prefería la de misericordia, asimismo bajo techo sacro, a una en el camposanto.

Salvo las englutidas por el casco urbano, cada iglesia había tenido su prado anejo, considerado predio propio, donde se realizaban reuniones informales antes y después de los oficios para tratar con parentela y conocidos, intercambiar noticias, sondear tratos, saludar y ser saludados según el grado de deferencia a que se fuese acreedor; allá se celebraban las romerías y gran parte de los festejos, que sangraban las finanzas municipales bien a gusto del vecindario porque constituían uno de los ejes cíclicos de la reciprocidad -o la querella- de la comunidad como tal y de cara a las limitrofes. Tras la lucha por barrer del interior de los templos esas funciones laicas, que duró un siglo largo a partir del Concilio de Trento<sup>4</sup>, debió de ser un choque mental presentar como bendecida parte de ese área intensamente vivida en toda la gama de las afecciones humanas, aparte de su nada ventajosa posición (lateral o zaguera del edificio) para personas que en buena medida valuaban a sus semejantes y a sí mismos por la localización física en ocasiones ritualizadas<sup>5</sup>. Por último, en los pórticos, significativamente llamados *cimiterios* en gran parte de la documentación, se habían practicado inhumaciones, sobre las cuales, a campana tañida, se reunía el vecindario con derechos políticos para escoger a sus representantes y decidir sobre la gerencia concejil. Aunque ningún testimonio de época establece concomitancias, nos planteamos englobar dentro de un mismo modelo interpretativo, de larga duración, el cierre de los ayuntamientos generales, culminado administrativa y físicamente en favor de ciertos propietarios inmobiliarios durante el último tercio del XVIII (erección de casas consistoriales con salas específicas, de cabida reducida para el total de los habitantes), y el acotamiento de camposantos de uso único y acceso controlado donde una reunión numerosa resultara estrecha o imposible.

Sin temor a exagerar, diríamos que la desintegración de colectividad tipo Antiguo Régimen, inexorable durante la pasada centuria por causa de la reorganización social liberal, queda reflejada en nuestros cementerios porque en buena parte se produjo en ellos. No en vano el euskera los denomina *hilerriak*, 'ciudades de los muertos', muy alejadas de la cotidianeidad en lo conceptual y hasta lo geográfico. La aparición de los muros cerrando y cercenando un espacio constituye el hecho diferencial y cultural más importante a tener en cuenta con respecto a etapas históricas anteriores. En la actualidad no concebimos un cementerio sin paredes perimetrales<sup>6</sup>. La higiene, que fue un motivo desde la asunción generalizada de los postulados de la Medicina científica oficial a mediados del XIX, nos resulta pobre como justificación, incluso considerando el pavor al cólera morbo de 1855. Entonces ¿para qué se alzaron? La respuesta es compleja. Sin duda había, como los hay aún, condicionantes de seguridad, porque la preocupación por la salubridad llevó a buscar parajes alejados de los cascos habitados, a menudo en la ladera de una colina; pero la más truculenta historia de robo a occisos entre nosotros (la del enterrador-zapatero bermeano de quien se aseguraba vendía género obtenido gratis) es una anécdota en comparación con el tráfico de cadáveres londinense, causante de los primeros amurallamientos cementeriles a comienzos del siglo pasado<sup>7</sup>. La burguesía ochocentista

---

<sup>4</sup> V. Iturbe Mach, Andoni: "Espacio sagrado y espacio profano", *Ernaroa*, IV (1987), 95-107. Cfr. A. F. B., A., Actas de Juntas Generales, Regimientos y Diputación de Bizkaia (manuscritas), libro 5, fol.341v<sup>2</sup>-342r<sup>2</sup>, acuerdo de la Junta General del 4.XI.1597 contra la celebración de ayuntamientos dentro de los templos, por retrasarse el culto... y asistir «muchas gentes [...] que no tienen voz ni voto».

<sup>5</sup> Buen ejemplo de preeminencias intraeclesiales en A.F.B., J., fondo Corregimiento de Vizcaya, cj. 525, n.º 27: en disputa por organización de procesión en la Amorebieta de 1734 se alega un precedente sobre asiento en edificaciones sagradas de toda la anteiglesia, en 1692.

<sup>6</sup> De todos los cementerios vizcainos sólo el de Orozko-Urigoiti ha permanecido abierto durante largo tiempo, por el simple motivo de obras de remodelación, por lo que no constituye excepción.

<sup>7</sup> Según un testigo, al filo de cierta medianoche llegaron el enterrador y su hija al camposanto: «Padre, le dijo la hija, que bonitos zapatos, ¿de que son? y el padre le contesto "de marfort" ¿No sabes, le dijo, que á los que entierran

codificó enseguida sus criterios estéticos, entre los que se admitían los aspectos románticos, idealizados, del deceso, no su cruda realidad, que proporcionó otro pretexto para la cesura física con lo habitado<sup>8</sup>. Empero, qué duda cabe de que la existencia de los muros crea una dialéctica dentro/fuera que permite alejar de la vida cotidiana la constante referencia a la muerte, hecho éste que en el templo-cementerio no sucedía. La consecuencia directa fue, para el mundo campesino vasco, la ruptura de la secuencia casa-templo-tumba, lo que permitió al propietario eliminar cualquier interferencia moral-religiosa, y liberó al clero del tutelaje feligrés en la administración de las rentas eclesiales y de otras muchas desagradables funciones en honras fúnebres y ritos post-mortem<sup>9</sup>. La primacía de la perpetuación indefinida del linaje como ente comprensivo de finados, vivientes y *nascituri*, sucesores por venir, se batía en retirada frente al individualismo, defensor de la familia pero en absoluto corporativista ni hacia la parentela ni hacia grupos de mayor envergadura.

## 1.2. Temer, no olvidar: el cementerio, reducto de aculturación

La dualidad interior/exterior que acabamos de indicar se arropaba con un ideario de tránsito que acentuaba las características de la religiosidad oficial imperante en el medio y tardío Ochocientos. La puerta de acceso al camposanto, junto con el muro delantero que la completa<sup>10</sup>, adquirió un importantísimo significado propio como metáfora de cambio, de transformación, que sigue manteniendo; a tal punto resulta definitoria, que en el esfuerzo constructivo y ornamental suele relegar a un segundo plano a las capillas. Durante casi siglo y cuarto se le adjudicó la misión de ostentar las llamadas al orden a las clases populares, a ese Orden clasista, conformista y conservador defendido por las autoridades civiles con el apoyo de una Iglesia para la que el moderado mensaje de León XIII era un revulsivo. Tras haber desaparecido el trato cuasi cotidiano con los finados, y estando por tanto en peligro el recuerdo de lo evanescente de este mundo, había que evitar el olvido. Era éste un enemigo temible, porque las circunstancias se modificaban con rapidez y se iban disgregando las comunidades cuyas labores de aculturación y presión emocional habían garantizado la conservación de la memoria histórica familiar y local, integrantes de su propia supervivencia. Dos fueron los recursos empleados. El primero, una panoplia iconográfica habitual hasta hace unos veinticinco o treinta años, reducida hoy a la película "gótica" o el humor negro: calaveras y urnas (el ser humano como ente perecedero a falta de alma), coronas de flores (ofrenda milenaria, resabio del culto a los muertos), lucernarios o lechuzas (la luz de la salvación divina tras el oscuro sueño mortuorio), etc. Tales estereotipos, sin originalidad por provenir de la

les ponen zapatos nuevos? [...] e hizo el ademán de guardarse los zapatos en el seno» (A.F.B., J., T.B., cj. 702, nº 6, VII. 1866; causa combinada con quejas contra la esposa, hospitalera, por bajo peso en el pan de las ancianas acogidas, pero sobreesida por estar el incoante enemistado con la familia acusada). Richardson, Ruth: "La Compañía de la Vida, la Muerte, el Entierro y la Resurrección: el entierro metropolitano en el Reino Unido, 1800-1900", en AA.VV.: *Una Arquitectura para la Muerte. I Encuentro Internacional sobre los cementerios contemporáneos. Sevilla 4/7 junio 1991. Actas*, Sevilla: Junta de Andalucía (Consejería de Obras Públicas y Transportes), 1993, 73-87: 76-77.

<sup>8</sup> Cfr. Nistal, Mikel: "Morfología funeraria en el contexto urbano", *Lurralde*, XV (1992), 175-182.

<sup>9</sup> El ámbito urbano, en teoría menos cerrado que el rural, contaba con referencias mortuorias en base a las cofradías artesanales y/o religiosas y a las capillas funerarias, que condicionaban el espacio religioso con percepciones profanas. El clero vio, en suma, como una liberación que se prohibiesen los enterramientos intraeclesiales, pese a los casos de contemporización con las feligresías autorizándolos. Uno de éstos, llamativo por tardío, en A.F.B., M., A.M.Zeánuri, cj. 70, leg. 19, 4.XII.1866: para un párvulo en Santiago de Ipiña, so pretexto de carecer de camposanto la barriada.

<sup>10</sup> La deambulación por el contorno exterior carecía de sentido (frente a la posibilidad de rezar en las capillas laterales de una iglesia), por lo que las restantes paredes se solían elevar de simple mampuesto, desnudas de decoración.

religiosidad burguesa europea, constituyeron una innovación entre nosotros porque las hue-sas intraeclesiales habían tenido tapas lisas, a menudo con sobrecubierta de madera, o en todo caso con el escudo de armas del linaje propietario<sup>11</sup>.

La segunda vía de difusión de mensajes se valió de la extensión de la escolarización entre las clases populares, pues la mayoría de la población fue siendo siquiera capaz de leer en letras de molde<sup>12</sup>. Dejando aparte el omnipresente "Pater Noster", que no presupone significados fuera del rezo, hemos tabulado veintinueve modelos distintos de inscripciones grabadas aproximadamente entre 1850/70 y la última Guerra Civil, siempre anteriores al Vaticano II; en total, treinta y cinco casos<sup>13</sup>. Es única la alusión al deceso sin connotaciones explícitas. Ofrece esperanzas de resurrección el 11,4%, porcentaje bajísimo si recordamos que el hilo conductor de los Evangelios es la misión salvífica del Hijo de Dios. Por contra, el 30% nos recuerda lo efímero e ilusorio de la vida terrena, mediante el tópicos del *tempus fugit*, comparaciones o nada sutiles amenazas<sup>14</sup>. Otras siete (el 20 %) intentan mover a la reforma de costumbres presentando a la Muerte como justiciera, con predominio del castigo<sup>15</sup>. Pese a que, dentro del dolor por el pecado cometido, la doctrina cristiana considera la atrición, originada por el temor, imperfecta frente a la contrición (lamento por haber herido la bondad de Dios), sin duda es aquélla la que se pretende. Lo explica la interpretación del catolicismo entonces vigente, que no procede desarrollarnos aquí. En cuatro trazos: un Dios-Padre lejano por autoritario, presto a juzgar y castigar; el Sagrado Corazón de Jesús, la Virgen y unos cuantos santos despojados

---

<sup>11</sup> Cfr. A.F.B., M., A.M.Gamiz, libro 33 (actas del ayuntamiento 1841-1871), 6.II.1848: orden de arreglo de las tablas. Son visibles laudas con blasón en la colegiata de Cenarruza-Ziortza.

<sup>12</sup> Si bien la lengua escrita enseñada era por ley el castellano, mediante devocionarios y libritos píos afines (destinados de preferencia a las mujeres) existió cierta alfabetización en euskera, guiada por el clero parroquial. Ello permitió que se labraran en lengua vernácula frases cuyo contenido interesaba fuese bien comprendido: las adoctrinadoras que venimos tratando y advertencias sobre localización de dependencias secundarias ("Kanposantuko asurtokia", 'Osario del cementerio' [Dima]) o zonas no sacralizadas, donde los verdaderos creyentes no deberían ser enterrados ("Gorpuak eukii askatue ta elexatiko estibenak obratuteko lekuba. Amoroto. 1897"). Factores explicativos serían la generalizada diglosia -cuando no monolingüismo euskaldun- y el renacer cultural de la Restauración (fiestas eúskaras, primeros estudios etnográficos y folklóricos, etc.), antes incluso del auge del nacionalismo.

<sup>13</sup> Aunque existen más, hemos escogido las de mayores longitud y representatividad. Sólo dos se repiten literalmente: "Bienaventurados los que descansan en el Señor" (3 casos) y "Otoi bat eta gero arte" "Una oración y hasta luego" (4).

<sup>14</sup> Respectivos ejemplos: "Labur larrieta contatuac dira gure lurreko egunac" ('Nuestros días terrenales están estrechamente contados'), trasunto del *mane, tecel, fares* que permite jugar con los significados de angustia y apuro de *larri* (Elorrio), o "Atzo jaiyo ta gaur ill/ demporia arin dabill" ('Ayer nacer y hoy morir/ rápido transcurre el tiempo', Zaldibar); la traducción del conocido 'Lo que eres fuimos, lo que somos serás', como en Berriatua ("Zu orain zariana izan ba guinan gu,/ gu orain gariana venturaz vigaruz" [*sic*]); "Aquí vendréis a parar,/ vivos, elegid lugar", en San Torcuato-Abadiño. Este último, neoclásico (1859) muy bien conservado, es el más rico en imprecaciones tremendistas, que dan idea del contenido que debieron de haber transmitido los oficios de tinieblas de mediados del XIX. Son rimadas, en la línea de la instrucción popular ochocentista, que se valía del gusto popular por el verso y el canto como truco mnemotécnico. A la derecha de la puerta, en paralelo a la anterior, se lee: "Por mis hermanos y los tuyos pedi/ y tu ni te acuerdas de mí"; encima: "No hay ciencia, poder ni maña/ que del filo de la guadaña/ egsimir [*sic*] a nadie pueda/ resignate y a Dios ruega"; en el resto del pórtico: "Toda vanidad se estrella/ y los gusanos roerán/ a los amigos de ella", "¡Oh eternidad sin medida/ Tu duración el justo gozará/ tu tiempo el réprobo padecerá", "Afan de llantos es la vida/ en su carrera fugaz/ aquí principia la paz"; en el frente de la capilla: "Templo de la verdad es el que miras,/ no desoigas la voz con que te advierte/ que todo es ilusión menos la muerte".

<sup>15</sup> "¡Oh eternidad ...!", "Templo ..." (ambas, en San Torcuato-Abadiño v. nota precedente); "Len bici arren arro/ orain usteltzen nago" ('Pese a haber vivido orgulloso,/ ahora estoy pudriéndome', Berri); "Alperic izan andi/ ezin librau emendi" ('Es inútil que seas grande,/ de aquí no puedes librarte', Zaldibar); Zubiaur-Orozko (semiborrada). No hemos logrado establecer si la concentración de lemas en el corredor del Ibaizábal medio -en el XIX de intensa explotación agropecuaria- es fruto de conservación casual o de la intencionalidad de sus jerarcas de antaño.

de su contenido semisupersticioso de antaño, como intercesores, mediadores; la Iglesia, muy jerarquizada (como la sociedad), monopolizadora de ese último papel en lo terrenal; en conjunto, un paralelo de las relaciones interpersonales verticales por entonces imperantes<sup>16</sup>.

## 2. ORDENACIÓN URBANÍSTICA DE LAS CIUDADES DE LOS MUERTOS

De puertas adentro, las necrópolis hacen honor a su nombre y reproducen con fidelidad modelos urbanísticos definidos, cargados de significado. Por ello, por la rápida modificación de la decoración en alzado -soporte de casi toda la simbología- y hasta de las plantas; por la creciente desaparición de recintos, fagocitados por el crecimiento urbano u olvidados en las pedanías rurales; y por el cambio morfológico que la generalización de las incineraciones provoca, hemos centrado nuestra atención en dos ámbitos. Constituyen el primero el diseño en superficie y las construcciones, públicas y privadas, que soporta; el segundo, la ornamentación, bien colocada por el ente titular, bien por particulares; y en este último caso buscaremos trazas de una piedad popular con envergadura suficiente como para adjudicarle autonomía similar a la que gozó durante la Edad Moderna.

### 2.1. El mensaje de la disposición en planta

El cementerio porticado neoclásico vizcaíno (tipología de los iniciales al exterior) permitió remedar lo que se perdía, por la conjunción de pórtico y capilla que ofrecía -y ofrece- en el peristilo continuidad con lo sagrado. No obstante, esta elección recoge elementos ideológicos burgueses precisos. A imagen y semejanza de sus homólogas atlántico-latinas (recordemos que el área británica se rige por otros cánones), articula la superficie recordando el esquema romano de cruce en ángulo recto de dos calles principales, cardo y decumano; allá donde reciben nombre, portan los que se desea destacar para que perduren en bocas y mentes, al igual que se pretendía en la red denominación de las vías de los cascos habitados<sup>17</sup>. Se exceptúan contadísimas necrópolis en que la orografía, la intervención de un arquitecto imaginativo o el minúsculo tamaño han permitido organizaciones originales o, en el último caso, su práctica ausencia. La vía principal, que une la entrada con la capilla ubicada en el centro o el fondo del recinto, cumple funciones urbanísticas (dividir y racionalizar el espacio en áreas homogéneas, dar servicio a las hileras de tumbas, etc.) y alegóricas: simbolizar el curso de la vida desde el nacimiento -de aquí también destacar la puerta, como inicio- hasta el deceso, representado por la capilla, en cuyo interior se vuelve a representar el dilema fin de la vida terrena/comienzo de la espiritual<sup>18</sup>. Tales alusiones han sido una constante en la planificación de los cementerios todavía no abandonada por completo.

<sup>16</sup> Interesante presentación de los cambios de la religiosidad y la estructura parroquial al par de la socioeconómica en Boissevain, Jeremy: "When the saints go marching out (Cuando los santos salen de procesión): Reflexiones sobre la decadencia del patronazgo en Malta", en Gellner, Ernest, et altri: *Patrones y clientes en las sociedades mediterráneas*, Madrid: Júcar, 1986, 115-135.

<sup>17</sup> Derio-Bilbao, Sestao, Mallona-Bilbao (desaparecido, se conocen por plano). Quizá el más completo sea Mendiz-Bermeo, rotulado en el XIX, que dedica su cruz vial central a las vírgenes del Carmen y el Pilar (brazos) y a Cristo Rey (calzada pórtico-capilla) y va escalonando devociones en aureola hacia las ampliaciones, donde se hallan las menos habituales (apóstoles; San Valentín de Berriotoxa, pues fue canonizado en 1988) y las locales (Andramaris de Arantzazu o Almike), éstas no fomentadas en la pasada centuria. Si bien se ha perdido la orientación intraeclesial, con los pies hacia occidente y la cabeza al oriente (orto solar) aludiendo al tránsito hacia la salvación divina, es frecuente la disposición SE-NW, con la puerta acá (Arantzazu, Arratzu, Traslaviña-Artzentales). A destacar que en Elorrio los enterramientos miran hacia la cruz central, sean o no congruentes con el trazado de las calles.

<sup>18</sup> Los viacrucis asociados al recorrido parroquia (o lindero del casco urbano)-camposanto responden a ese sentir y a una propuesta de preparación anímica para la reflexión sobre el mensaje transmitido por el recinto funerario; habien-

Existen formulaciones muy nítidas, plásticamente mejor trazadas, en las que lo alegórico nace con la fuerza consciente del diseñador, aunque apenas sea perceptible al natural. Nos referimos al cementerio *programático*, que refleja una idea motriz<sup>19</sup>. Son los menos, por razones que comprenden desde el tamaño (esta variante requiere superficies relativamente amplias) al costo de erección o de la propia minuta del arquitecto; también son, por contraposición, los más interesantes. Galdakao nos ofrece la figura de una custodia, representación de la resurrección y de la esperanza en una vida futura; la cruz de Vista Alegre de Derio-Bilbao retoma la salvación, aunque el tamaño del cementerio y las posteriores ampliaciones que ha sufrido vuelven imposible que los visitantes no advertidos se percaten de ella. Ambos camposos datan del tránsito al XX (1907 y 1909), en plena lucha eclesial contra la desacralización y el ateísmo y contra la indiferencia propugnados por el socialismo y ciertas minorías liberales, respectivamente. El galdakaoarra nos recuerda los movimientos eucarísticos, reavivados al iniciarse la postguerra, que intentaban la participación general en un sacramento que exige como ninguno el estado de gracia previo y, por ende, la confesión, que supone recibir la admonición del sacerdote.

En los últimos años han irrumpido fundamentos que se muestran como procedentes del ámbito cultural, con indirectas implicaciones políticas (dicho sea sin matiz peyorativo) en la medida en que desean sumarse al resurgimiento de lo autóctono abanderado por el nacionalismo vasco. Sus mejores exponentes son pequeños, de titularidad eclesiástica y reformados hace poco en su totalidad: Almike (Albóniga)-Bermeo, Goikolexea-Larrabetzu y Etxebarria-Elorrio, adosados al atrio de sus respectivos templos sufragáneos. En ellos se vuelve a la antigua conjunción casa-iglesia-sepultura, pero sin el significado corporativo comunitario de antaño. Con fortuna desigual, se intenta adaptar lugares funerarios preexistentes en Mañu-Bermeo, Berriz y Garai, donde se ha impuesto, por acuerdo intervecinal o normativa municipal, una morfología de estelas considerada autóctona e historicista.

La concesión a estilos “cultos” es única: Gerrolada (o Jarrolada)-Muzkiz, donde a la habilidad de su proyectista, el arquitecto Manuel María de Smith, se suma la búsqueda de nuevas soluciones arquitectónicas procedentes del modernismo. Se accede directamente a la capilla a través de una compleja portada, postergando de esta forma la idea de calle-camino en favor de la de salvación-resurrección, reforzada por la iconografía (lechuzas). No existe la calle divisoria y distributiva, sino una parrilla de vías que retoma y resalta los valores de comunidad sobre la individualidad<sup>20</sup>.

## 2.2. Calles, barrios... y clases

Una de las características principales del cementerio contemporáneo es su carácter clasista. Desde su nacimiento, los camposos europeos nos muestran con claridad meridiana la distinta categoría social de sus “habitantes”. Este condicionante es tan absoluto que determina una espacialidad doble, primando la destinada a los enterramientos “nobles” sobre la “plebeya”, menos cuidada y generalmente de inferior calidad. Ricos y pobres moran y des-

---

do decaído esta devoción, la mayoría se conserva en mal estado (Mallona-Bilbao y Begoña, Lemoa, Otxandio). A destacar la desaparición del andabide, sendero privativo y pertenecido de cada caserío, en paralelo a la negativa del clero a acompañar por él a los finados, esperándolos a la entrada del templo o necrópolis, desde mediados del XIX.

<sup>19</sup> Se entiende que distinta de la reproducción de la urbe viviente, porque si bien este deseo de continuidad no deja de ser un programa, el análisis histórico-estilístico lo ha consagrado desde hace tiempo bajo la denominación de cementerio-ciudad que también nosotros utilizamos.

<sup>20</sup> Para un estudio artístico-arquitectónico, v. Paliza Monduate, Maite: *Manuel María de Smith Ibarra. Arquitecto, 1879-1956*; Salamanca: Diputación Foral de Bizkaia, 1988, 457-459.



cansan separados durante y tras la vida terrena. No nos sorprende, habida cuenta de que, como dijimos, el cementerio dimana de la burguesía decimonónica. Es cierto que ni en Bizkaia ni en España hubo una diferenciación tan fuerte como en el caso inglés, no en vano el modelo seguido es el de Père Lachaise parisino, que deja áreas amplias para los enterramientos comunes; pero la segregación social esta indefectiblemente presente. No sería de esperar lo contrario de los cementerios de iniciativa particular, creados a mayor gloria de su promotor y que reservan sus espacios principales (capilla y zonas accesorias) al enterramiento de sus mentores y familiares<sup>21</sup>; pero tampoco de los costeados por municipalidades cuyos ediles habían sido escogidos mediante sufragio censitario.

En lo urbanístico se observa una segregación de las inhumaciones en barrios, conseguida con sutileza desigual. La existencia de manzanas, que en principio no tenía esa finalidad sino la de racionalizar la ocupación, terminó facilitando la distribución social de los enterramientos<sup>22</sup>. La importancia de cada vía viene determinada ante todo por la distancia a la capilla, como dentro de los templos se valoraban las fosas tomando como referencia el presbiterio; y en menor medida por factores como la altitud -elemento importante en una orografía tan quebrada como la vizcaína-, la cercanía a la puerta principal o el aprovechamiento de los muros perimetrales y amplias zonas vacías con fines constructivos. Una vez delimitada la ocupación de cada área, ésta queda ligada a la clase social que la toma, la cual la modifica en función de sus necesidades de grupo. Aunque las hay, raras son las “nobles” saturadas; llama la atención Balmaseda, hecho comprensible por el escalonamiento y la fuerte pendiente del terreno. En ellas las grandes construcciones, los mausoleos, acaparan el espacio; en las comunes, los enterramientos, a veces sin orden debido al atiborramiento. Tal hacinamiento “popular” terminó imponiendo la construcción de nichos primero, y luego las sucesivas ampliaciones de los mayores recintos, que ha participado de las características y los defectos de los extensos barrios-dormitorio a cuyos habitantes terminan alojando.

### 3. TIPOLOGÍA DE LAS INHUMACIONES

La consecuencia lógica de la indicada demarcación es la variedad de modos de enterramiento. Las formas no son definitorias, porque un notorio triunfo de la alta burguesía, conseguido a lo largo del Novecientos, fue el impregnar de sus valores a destacables sectores de la clase obrera, lo cual, unido al deseo pequeñoburgués de identificación con aquélla, explica el mimetismo a que son propensas las tumbas comunes. Las tumbas de calidad, realizadas en materiales nobles (piedra labrada complementada con metal forjado y/o vidrio...) presentan elevadas tónica artística y dimensiones; las comunes, por contra, proporcionan explícita información etnográfica. Todas, imiten o sean novedosas, muestran una escenografía que define las actitudes mentales y religiosas de sus propietarios... vivos y muertos. Como sucede en otros campos, existen trayectorias y pervivencias, valores que desaparecen, se mantienen o surgen sin que se sepa a ciencia cierta ni cuándo ni de dónde.

#### 3.1. Los enterramientos “de calidad”

Donde mejor se plasma lo indicado es en las tumbas de superior categoría, cuya complejidad constitutiva y formal hereda una amplia tradición cultural. Comparten la pretensión de llamar la atención sobre el estatus social de la familia poseedora. La fortuna con que lo lo-

<sup>21</sup> Los Taramona en La Herrera-Zalla, los Velasco en Iratzagorria-Gordexola, los Icaza en Berango...

<sup>22</sup> Salvedad: Miravalles-Ugao, donde cada barriada de la villa cuenta con un murete de nicheras, idénticas entre sí, solución original facilitada por el mediano tamaño de su población.

gren está fuertemente condicionada por la relevancia de sus componentes constructivos. Y es en este punto donde, a efectos metodológicos, haremos una doble distinción: el pequeño surtido de capillas funerarias y panteones en verdad artísticos, que componen el núcleo de la zona noble de los cementerios; y aquellos otros sumidos en la uniformidad un tanto desindividualizadora de los panteones de gran tamaño pero cuyas dimensiones, ubicación y escenografía los destacan sobre la mediocridad decorativa y material habitual en los enterramientos comunes. Unos y otros han sufrido una evolución divergente, que no es fruto tanto de las modas -con las que siempre se está en débito- como de una transformación de los modos de pensar y sentir.

Las *grandes capillas funerarias* aparecen muy temprano. El cementerio ofrecía a la burguesía una amplitud de que carecía la iglesia, de ahí el impulso que recibió desde un inicio. Las formas primitivas eran opulentas, insultantes en la medida en que terminaban rigiendo la disposición de los restantes alzados y atraían la atención, condenando al desdén a los sencillos túmulos de tierra que los rodeaban e incluso recortándoles el sitio<sup>23</sup>. Extensas y, sobre todo, altas construcciones, esculturas, pinturas, vidrieras y otras muestras de artes menores se pusieron al servicio de una clase que quería mostrar su pujanza y justificarla, poniendo en escena su triunfo político, social y religioso. Así, en el exterior encontramos ángeles trompeteros que nos anuncian el próximo advenimiento del Apocalipsis; en el interior se nos representa una religión destinada a exaltar los vínculos paternalistas basados en la obediencia y subordinación (Virgen o San José con Niño, Sagrada Familia, etc.), ideal deseado para la familia y para las relaciones sociolaborales, completada con un reiterativo surtido de símbolos (lechuzas, adormideras, relojes de arena...). No hay indicaciones salvíficas ni esperanzadoras, sólo la exaltación de la muerte como fin trágico para todas las personas, sin que tampoco se explicita su sentido igualador, justificativo de la vida terrena como camino y de las desigualdades de fortuna, según entonces propugnaba el catolicismo. La apreciación del individuo, de su personalidad y trayectoria pública quedan reflejadas en la epigrafía y los bustos funerarios, escasos por lo demás; es éste el único momento en que se desarrollan. Es reseñable que las élites vizcainas desaprovecharan el epitafio como forma de adoctrinamiento sociocultural; si se pensó innecesario, por conocido el personaje, o contrario a la reserva de la intimidad es un punto sobre el que no quedan fuentes.

El tiempo se encargaría de atemperar ese triunfalismo. Tras el neogótico de los panteones y capillas del siglo XIX, y con retraso respecto de otros países europeos, la burguesía vizcaína se decantó por una moda historicista que se adaptaba a su interés por el conocimiento de otras culturas -era la época del colonialismo y la divulgación etnográfica- y su moderada tibieza religiosa. De la combinación de ingredientes de culturas clásicas del Próximo Oriente y mesoamericanas con los modernistas resultó un eclecticismo un tanto inquietante en su necrofilia, con elementos originales como los monolitos de origen pagano. Enseguida lo sucedió una larga etapa de comedimiento en volúmenes y formas, preocupada por la plasmación de sentimientos intensos, reflejo de la vorágine de ideas y acontecimientos del cambio a nuestro siglo. Descuella, pues, lo escultórico, siendo imprescindible relacionarlo con el conjunto del corpus de cada autor. Higinio Basterra, Nemesio Mogrovejo o Paco Durrio expresaron una concepción de la muerte menos atormentada, evocadora, mediante ángeles caminantes o cavilantes y mujeres solitarias, melancólicas y ensimismadas, que mueven a

---

<sup>23</sup> Excelente ejemplo en Mundaka, pequeña puebla con una pujante minoría de prósperos capitanes mercantes que presionó para eliminar las argizaiolak intraeclesiales bajo el dudoso pretexto de las reducidas dimensiones de la iglesia e invadió la necrópolis de Portuondo «colocando en el cementerio enormes cruces y otros objetos de piedra» que invadían el terreno colindante impidiendo abrirlo (A.M.Mundaka, libro de acuerdos y decretos 1846-1864, 31.X y 4.XI.1850; y 20.X.1872 [cita]).

los espectadores a interrogarse sobre el sentido de la vida y su final. En esa línea, Quintín de Torre realizó dinámicas composiciones cuya temática extrae ora del Nuevo Testamento (descendimiento de Cristo), ora de los Evangelios Apócrifos (la presentación del velo por la Verónica). Artistas menos conocidos, como Allende-Salazar, elaboraron cuadros de intenso dramatismo, como el grupo de anónimos personajes que intentan arrancar de las garras del Ángel de la Muerte a su víctima. El epígono fue Joaquín Lucarini, que retomó los personajes solitarios, atormentados por pasiones espirituales internas o henchidos de serena ternura.

La *capilla funeraria* privada, casi olvidada bajo esta expresividad, reaparece en los años centrales del XX, con moderación y sin el inicial afán de protagonismo debido a tres factores: el deseo de pasar desapercibido, de anteponer la privacidad, en tiempos en que el poder sociopolítico de ciertas élites era callada pero intensamente contestado; la búsqueda de líneas esenciales en la arquitectura, huyendo de alegorías y decorativismo, acentuada tras el Concilio Vaticano II y el minimalismo de los tardíos años 80; y una religiosidad que prima la sinceridad intimista y la esperanza de redención personales. El resultado son criptas desprovistas de ornamentación, frías y ocultas a la mirada pública, que han proliferado en los últimos años en Derio-Bilbao y Getxo.

El *panteón* ha evolucionado de modo contrapuesto. De la simplicidad se ha pasado a tal multiplicidad de formas, símbolos y materiales que resulta casi imposible de sistematizar. En origen se destinaba a satisfacer las demandas de la media y baja burguesía, carente de recursos para edificar una capilla pero acomodada como para permitirse cierto empaque en su última morada. Eran simples: una lápida rematada por una cruz que reunía decoración y alegorías (cruces, coronas y similares, de tipo industrial pero con planteamientos cercanos a la estatuaría de autor); el cuerpo del enterramiento se cubría por una tapa en forma de libro, donde se recogían los nombres de los difuntos. La lauda evolucionó con rapidez, complicándose o, de forma más habitual, agrandando su tamaño (rara vez ambos fenómenos juntos). Surgieron variedades, descollando el panteón-pantalla, que presenta escenas sencillas pero no por eso menos vistosas y aleccionadoras: relieves de contenido espiritual sacro o semi-profano que remeda las esculturas, no en vano sus artistas son los mismos; Corazones de Jesús o María, mediadores salvíficos; y motivos laicos (lauburus, escudos heráldicos, alusiones a profesiones, etc.), cuya aceptación ha ido creciendo en paralelo a la laicización, el gusto por el historicismo euskaldun y familiar, y el “presentismo” que en parte difumina el deceso del que luego trataremos. El cuerpo del panteón apenas sufre modificaciones, salvo simplificarse y aplanarse para guiar la mirada hacia el adorno superior. Si se busca un autor, habrá que citar a Anastasio de Amesti, diestro en variados diseños en esta línea.

### 3.2. Los enterramientos comunes

Al visitar las inhumaciones comunes no hallamos sorpresas, porque su constante es la imitación con respecto a las de calidad. No obstante, y a diferencia de éstas, ofrecen particularidades regionales y están abiertas a una amplia variedad de intervenciones. En los primeros cementerios no se contempló la existencia de sepulturas particulares populares, bien por las carencias económicas de las clases trabajadoras, bien por reglamentación municipal. Seguramente se pretendía disponer de espacio, pues el rápido crecimiento demográfico iniciado a mediados del XIX causaba crónicos problemas de saturación en bastantes localidades. Pasado un plazo prudencial para la descomposición del cadáver los restos mortales eran exhumados en favor de un nuevo inquilino, lo que daba pie a que las autoridades locales denegasen la colocación de indicativos nominales. Como es natural, para los menesterosos tal hecho significó un amargo agravio comparativo y provocó largos años de sordas pro-

testas que desembocaron, al comenzar el XX, en una politización del espacio funerario a cargo del Partido Socialista en la Margen Izquierda y las Encartaciones industriales y mineras (Galdames, Ortuella, Portugalete...), donde conseguía el grueso de su militancia. Promovió el que se permitiera a cualquiera acceder a la propiedad y dejar constancia de la conmemoración de sus difuntos; una vez conseguidos tales derechos, a partir de la dictadura de Primo de Rivera, realizó una fuerte campaña para desacralizar los camposantos, proponiendo cementerios civiles o, durante la Segunda República, incautándose de los eclesiásticos. Empero, las zonas comunes no se han librado de las superposiciones hasta los años 60-70, de mayor prosperidad municipal -el suelo es caro en Bizkaia- y particular en conjunto, en que las sepulturas familiares, las nicheras en propiedad o leasing y las ampliaciones retardaron la sucesión de durmientes en la misma oquedad.

Daremos por separado a nichos e inhumaciones el tratamiento que piden. Todavía es prematuro tipologizar los columbarios, práctico albergue nominativo de viejos restos que está causando la regresión de los anónimos osarios. Se usa asimismo para urnas cinerarias, una vez superado el tabú psicorreligioso contra la cremación, si bien no es raro que esas últimas se depositen en los enterramientos de cuerpo entero poseídos por la familia.

### 3.2.1. Las inhumaciones: de la fosa tumular a la sepultura gris

Las cruces erigidas gracias al logro supraindicado no dejaron vestigios: eran de madera. El desarrollo industrial vizcaíno de las artes aplicadas en hierro forjado permitió enseguida sustituirlas por otras, aún visibles, que combinaban calados y relieves, con un abanico compositivo pobre y fácilmente reconocible: un arcángel, el Crucificado entre San Juan y la Virgen o dos ángeles. Permitían la intervención de sus propietarios mediante repintes, para los que se adoptó una paleta cromática fija (el resistente negro y una aparente purpurina dorada), salvo esporádicas excepciones en la carnación del Cristo. La delimitación del túmulo quedó sujeta a variantes zonales. Lo habitual era una hilera de ladrillos hincados en tierra formando un rectángulo, sustituida a veces por cantos rodados que luego inspiraron panteones con tapas encachadas (Ea-Nachitua), o por teja engobada en verde realizada ad hoc (Erandio, donde está siendo sustituida, y Cementerio de los Ingleses-Loiu/Sondika). En torno a Todos los Santos el túmulo se readecuaba y ornaba con flores y pétalos, práctica hoy en desuso<sup>24</sup>.

La bonanza económica de los años 60 causó transformaciones drásticas. Los campos de cruces desaparecieron, abatidos por la impetuosa irrupción de laudas y panteones de elaboración industrial, que intentaban copiar los panteones de acaudalados. Aquí también nos encontramos ante particularidades locales y comarcales. En las Encartaciones proliferaron las laudas, unas neogóticas y otras con personajes laterales que recuerdan las cruces de forja, y todas ellas con hornacina, que posibilitaba al comprador incluir su propia devoción religiosa. En Mendiluz-Bermeo se gusta de un modelo con un banco corrido para toda la hilada de inhumaciones y un cuerpo individual rectangular bastante tosco, que inserta en su tapa frontal inferior relieves de limitado valor artístico pero interés etnográfico, originarios de un taller mecanizado valenciano cuyo éxito inspira a emuladores locales que labran a mano. En Arratia-Bedia son frecuentes los grandes panteones de arenisca gris y factura austera bifamiliares, respondiendo a la estrecha concatenación troncal que implica el régimen matrimonial foral. Por fin, en Bilbao hay especialistas en la producción de panteones con cruz en base a lajas de distintas calidades y colores de mármol.

---

<sup>24</sup> Pero que hemos observado hasta 1998 en Lemoa, Miravalles-Ugao, etc., en sepulturas y panteones de piedra no "nobles" con espacio de tierra batida o guijarro a modo de jardincillo.

Estas tendencias suelen durar una década a lo sumo, quizá por nuestra sobrevaloración de la novedad y la moda. Hoy, cuando el minimalismo ha llegado al vestuario y el hogar, se prefiere simplificar en base a geometrías irregulares y aligerar la decoración "de obra" (de la mobiliaria trataremos en el próximo epígrafe). Sin duda influyen las innovaciones en materiales y, sobre todo, técnicas. Encontramos piedras de colores puros y variados y muy resistentes, que permiten cortes y tratamientos mucho más delgados que los clásicos mármoles y granitos. En la ornamentación proliferan los retratos (en vida, nunca funerarios) y las formas paisajísticas, asociados generalmente a las tapas de los nichos; se valen de sistemas afines al offset, que permite trabajar como sobre papel, o al plantógrafo, para bajorrelieves sobre mármol o marmolina.

El bulto redondo en estas zonas es pobre, como cabía esperar dado su coste. Nace en torno a los años 30 de la mano de un ángel-lauda industrial, todavía con piezas sueltas en las Encartaciones; muy al gusto de la época, se adapta a las pautas de la estatuaria culta. No alcanzamos a concretar si en origen era de color azul (alusivo a la gracia celestial) o si se trata de una coincidencia, pues dos de los tres ejemplares mejor conservados están pintados así. El pequeño monto de obras posteriores, procedente de los últimos quince o veinte años, se encuentra dispersísimo. Se debe al esfuerzo de anónimos autores locales que trabajan metal, piedra blanda y, sobre todo, madera, con resultados muy irregulares. A pesar de la diversidad, hay dos rasgos comunes: la expresión del afecto a las personas desaparecidas y el dolor que su falta causa, a menudo asimismo en el artífice, pariente o convecino de la persona finada; y, en consecuencia, la búsqueda de originalidad, materializada en formas abstractas y esquemáticas en la tónica difundida por la Iglesia tras el *aggiornamento* del Vaticano II.

Si bien algunas se encuentran en los enterramientos suntuosos, es en las tumbas comunes donde la *estela* alcanza su cénit. Deseo de los particulares y/o profesionalidad de los canteros han desarrollado un infinito conjunto de decoraciones. A los primeros suelen deberse los relieves alusivos a oficios, etnografía y política (hojas de roble, lauburus, puños cerrados, etc.) y escudos heráldicos; y a los segundos, ornamentos historicistas (rosetones) y religiosos (cruces), aunque nos consta que algunos sugieren a sus clientes los motivos vascos y los blasones.

Riqueza compositiva y morfología caracterizan las inhumaciones dedicadas a militantes de diversa índole de tal modo, que es admisible distinguir la *tumba política* sobre sus compañeras de área. Es su antecedente el cementerio civil decimonónico, porque resaltaba el posicionamiento personal (vulnerar la norma no enterrándose en sagrado exigía una justificación), y porque en él solían colocarse epitafios y símbolos específicos (así, Tomás Meabe y familia de Indalecio Prieto en Derio-Bilbao). Es evidente el deseo de adoctrinamiento, de signo contrapuesto en sus dos grupos. El franquismo de postguerra dispuso las de iniciativa oficial colectivas (San Torcuato-Abadiño, Barakaldo, Derio-Bilbao) para los combatientes "nacionales" del 36<sup>25</sup>. Monumentales pero sencillas<sup>26</sup>, la democratización del país ha propiciado su descuido, lamentable porque, aunque no se compartan sus postulados, son parte de nuestra memoria

<sup>25</sup> Casi sin excepción. Amorebieta ha dedicado una cruz con lauburu 'en memoria de los fallecidos por la libertad de Euzkadi' ("Euskadi'ren/ askatasuna'ren alde/ il ziranen oroimenez"), preeminente en el antiguo jardín "noble". Es única la inscripción de Busturia ("Este cementerio se debe a la generosa ayuda del Estado, del gobierno civil y de la diputación provincial de Vizcaya. Busturia MCMLIV"), que intentaba en vano ganar simpatías para instituciones sentidas como ajenas por los perdedores de 1939.

<sup>26</sup> Cuatro soldados en las esquinas, en Derio-Bilbao; en las otras, sendos monolitos (la primera, escudo nacional franquista de excelente labra). En bastantes lugares de predominio nacionalista no se erigieron, y los osarios al efecto, de existir, ocuparon puestos secundarios, semiocultos (Mendiluz-Bermeo).

histórica. Es curiosa la solución adoptada por Ondarroa: reaprovechar para requetés una tumba colectiva de la Tercera Guerra Carlista (1872-76), por la similitud ideológica de los enterrados. A partir de los años 60-70, en descomposición ya la dictadura, la militancia aparece por iniciativa individual, de izquierda (comunistas, anarquistas), y nacionalistas (radicales o no). Aquéllos suelen ser miembros "históricos", formados en el intenso ambiente político de preguerra; sus inhumaciones coinciden en presentar textos largos, declaración de intenciones más que epitafio<sup>27</sup>. Las nacionalistas comparten la iconografía vasca general: ikurriñas, lauburus, alfabeto "autóctono". Las corrientes moderadas se inclinan por la contención y suelen incluir motivos religiosos; el enterramiento de Sabino Arana en Sukarrieta es su paradigma. Las radicales son muy ricas en imágenes, lemas y epitafios, tal vez por la minoría relativa de sus postulados y/o por las circunstancias violentas de algunos de los decesos<sup>28</sup>.

### 3.2.2. Masificación en altura: las nicheras

El nicho, contra lo que suele pensarse, aparece tempranamente: en Balmaseda y Gordexola, por ejemplo, son contemporáneos a la apertura del camposanto, es decir, de mediados del siglo XIX. Durante esa centuria fueron considerados distinguidos, por lo que solían adosarse a la capilla formando alas laterales, a modo de peristilos. No tenían la forma rectangular actual, sino que su lado superior suavizaba en arco escarzano sus aristas, además forradas con jambas de madera tallada. La falta de espacio, su rentabilidad y la multiplicación de los enterramientos proletarios en las urbes los convirtieron en el enterramiento común preferido. Ello conllevó la construcción de verdaderas y espeluznantes ciudades mortuorias de cemento como las de Barakaldo, Ortuella o, caso extraño para una población tan reducida, Lemoa.

El ínfimo valor de estas construcciones, su fealdad, su despersionalizadora uniformidad y el exiguo espacio de expresión ornamental que permiten causaron el rechazo de nutridas capas de la población. Por ello promotores y arquitectos, para quienes la falta de espacio inhumatorio sigue constituyendo un grave problema, exploran modificaciones que tornen aceptable esta fórmula. Las soluciones coinciden en tratar de hurtarlos a la vista, bien hundiéndolos en tierra, el recurso más utilizado (Portugalete, Ajangiz -cuya propaganda resaltaba su calidad-, Derio-Bilbao), bien internándolos en edificios singulares por su diseño, que tiende a recordar la cubierta a dos aguas con ancho voladizo de los caseríos, y/o materiales como la madera, la teja y la piedra artificial (Bakio, Ondarroa, Amorebieta).

La inexpressividad formal del nicho, acentuada por una reglamentación homogeneizadora, ha sido aminorada por doquier a iniciativa de sus propietarios, que han colocado una tapa exterior de cristal aprovechando el exiguo espacio entre ella y la interior, de obra, para colocar una pléyade de pequeñas piezas que suelen responder a la estética etiquetada por un

---

<sup>27</sup> En Barakaldo, justo enfrente de la franquista: "Aquí yace un anarquista./ LUIS MONTALBAN LOPEZ./ 4-3-93 a los 71 años./ No lloreis mi muerte/ para que la anarquía/ que es, la mas alta/ espresion [sic] del orden natural/ sin amos, ni esclavos/ venga pronto a este mundo/ en beneficio de todos/ los seres de la tierra./ Tu familia no te olvida". En Deusto-Bilbao, en la estela redonda "tradicional" de Yolanda González Martín (1961-1980), asesinada en Madrid por ultraderechistas, se inscribe una estela de cinco puntas que contiene un lauburu; en la cubierta se lee: "Nos das/ fuerza/ para seguir/ luchando./ Zure lagunak.", con el anagrama y la rúbrica del Partido Socialista de los Trabajadores.

<sup>28</sup> J. Unai Periañez (1948-1981), Berriz: estela de medio punto en mármol con estela "tradicional" inscrita, en arenisca; en sentido de las agujas del reloj, hoja de roble con puño (símbolo de K.A.S., Koordinadora Abertzale Sozialista), ikurriña estilizada, sol antinuclear, y símbolo de las Gestoras Pro-Amnistía; "Zure margoetan/ bizirik utzi diguzu/ askatasunaren amets ohia./ Gogoan zaitugu" ('En tus pinturas nos has dejado vivo el grito soñado de libertad. Te recordamos').

estudioso con el peyorativo barbarismo de *kitsch*<sup>29</sup>. Mezclan representaciones sacras y componentes profanos de diversa índole. En qué medida vehicula valores de cohesión familiar y/o una religiosidad específica es el último interrogante que nos propondremos.

#### 4. IMAGINERÍA Y DECORACIÓN EN LAS TUMBAS CONTEMPORÁNEAS “POPULARES”

##### 4.1. El *kitsch* profano: el confort del cuarto de la tele

Lo kitsch en nuestras necrópolis está integrado por reducidos objetos de origen industrial (figuritas, juguetes, floreros...), muy rara vez artesanal y en semi-serie en estos casos (cerámicas talaveranas o chinas, a molde); no comprende las fotografías, pero sí algunos de sus soportes, en marquito exento o en tondo anclado a la tapa. De morfología vulgar, carecen de valor material, sin duda por estar expuestos al deterioro de la luz, al descuido cuando se exhume el cadáver para sustituirlo por otro y al gamberrismo, por muy esporádico que sea. Tampoco gozan del afectivo intrínseco, porque lo preciado queda protegido y es de acceso inmediato dentro del hogar o por cierto pudor en la expresión de los sentimientos, en lo que somos herederos de la reservadísima intimidad burguesa del XIX.

El fenómeno se desarrolla en las necrópolis de localidades populosas (Derio-Bilbao, Barakaldo, Basauri), allí donde hay una clase trabajadora de educación primaria -inmigrada o autóctona, sin distinción- y/o viven comunidades con peculiaridades culturales, en particular la gitana. Se diría que la relación de tales grupos sociales con la muerte parte de perspectivas específicas. Pero atención: no existe concordancia entre lo kitsch y el nivel de riqueza. De ahí que no se limite a los nichos y se observe en panteones y capillas funerarias de empaque; y que se haya convertido en una verdadera moda, que ni siquiera la exigüidad de los alféizares de ciertas nicheras concebidas para limitarla (Amorebieta) consigue eliminar. Similares coordenadas se notan en lugares muy diversos del Estado, sin que nos haya sido posible establecer el o los puntos de partida ni las líneas de difusión de esta corriente.

Lo que se procura plasmar es la permanencia de los vínculos entre la persona difunta y sus parientes vivos disimulando lo irremediable de la eterna separación, pensamiento que subyace a la disposición general de los camposantos actuales<sup>30</sup>. La tumba se convierte en un apéndice de la casa, “amueblado” remedando las salitas de estar para uso diario (no el salón-comedor, reservado a visitas y/o celebraciones nutridas e importantes). El difunto descansa así sin romper con la cotidianeidad que disfrutaba en vida; en sentido inverso, sus familiares lo hallan en una “habitación”. Ello nos lleva a pensar que, si bien desvirtuada por no responder en absoluto a una vivencia social corporativa, se ha recuperado un remedo de la relación casa-tumba-iglesia de que hablábamos al principio, aunque el último miembro del trínomio queda semidiluido en el magma ornamental. La frecuentísima asociación con fotografías, recientes pero anteriores al declive final, hace plausible creer que se persigue evitar el olvido al tiempo que se ignora, comprensiblemente, el deterioro de la agonía.

---

<sup>29</sup> González Jiménez, Pedro: “El nicho: iconografía y notas sobre el kitsch funerario. El modelo gaditano”, en AA.VV.: *Una Arquitectura para la Muerte* (cit.), 425-430. El autor realiza un apunte muy somero sobre las devociones reflejadas.

<sup>30</sup> Y que informa gran parte de los -todavía escasos- epitafios recientes. Así, el de una anciana fallecida en 1981 en Muskiz: “La seguimos amando en su muerte/ como la hemos amado en su vida”.

Por supuesto, hay otras lecturas. Con cierta frecuencia lo ornamental se convierte en medio de resaltar la prosperidad de sus propietarios, a riesgo de evidenciar sus carencias educativas. Un botón de muestra: el mitológico Neptuno sobre Tritón, convertido en San Miguel alanceando al Demonio. Esto se debe a la profusa utilización de piezas decorativas industriales (maceteros, vasos, gnomos y figuras de exterior), que se “apropian” de la parcela del camposanto para remedar al jardín que nuestras viviendas casi nunca poseen y se considera lugar de esparcimiento ameno y deseable.

## 4.2. La ornamentación sacra: ¿religiosidad específica o estándar comercial?

Yuxtapuesta a lo anterior o sustituyéndolo, en un considerable número de sepulturas comunes (cabe decir nichos) aparece una imaginería no menos digna de análisis que la de los retablos eclesiales de centurias anteriores aunque difieran en calidad, porque, como ella, es o puede ser indicadora de creencias. Como hipótesis, esto es útil al estudio en un tiempo y una sociedad como los nuestros en que las expresiones devocionales abiertas con intensidad hacia el exterior suelen ser miradas con cierta conmiseración por poco “cultas”; los antropónimos se escogen por costumbre local (quizá habría que decir provincial), afán de identificación con lo autóctono, moda, eufonía u originalidad y no para invocar la protección de los santos titulares como durante el Antiguo Régimen; y la participación en romerías, procesiones y similares festejos se limita a la pasividad del espectador para la inmensa mayoría de la población.

Enorme decepción: olvidando los esperables crucifijos, lo que a primera vista se presenta como compleja variedad formal, y por ende reflejo de un paradigma mental rico, tras una tabulación queda reducido a una docena escasa de representaciones que no acaban de constituir un acervo estructurado y se reiteran con monotonía, nos hallemos ante tapas industriales actuales o las citadas hornacinas encartadas. Escojamos al azar, para indagar sobre sus orígenes y tratar de pergeñar un modelo. En San Pedro de Galdames, sobre treinta y seis representaciones “principales” (aisladas o claramente destacadas en la tumba), veinticinco (el 70%) son marianas. Predomina la Virgen del Carmen, cuyo culto alcanzó cierto auge en el Señorío de Bizkaia durante el siglo XVIII gracias a las misiones internas carmelitanas, sin conseguir desplazar a otros patronos de los viajeros, como la Magdalena o San Pedro. Fue reimpuesta a lo largo de la Restauración gracias a la labor del Carmelo original y congregaciones femeninas ochocentistas con aquella denominación (las Carmelitas de la Caridad en Gernika, por ejemplo), que le hicieron superar el limitado rol de protectora de marineros para convertirla en abogada de los transeúntes al Más Allá bordeando el hoy devaluado Purgatorio, con éxito popular a tenor de lo que observamos<sup>31</sup>. Exceptuando una Santa Lucía que sí indica afección específica, el resto de las representaciones adopta los estereotipos del almiarado pietismo novecentista: el Sagrado Corazón de Jesús, único con exclusivo papel intercesor ante la divinidad, lejana y tremenda en su paternalismo (Zalla-San Miguel, Turtzioz); y el Niño (de unos tres años de edad) con el Cordero Místico, la Purísima Concepción y San José, respectivamente abogados de la infancia, la honestidad física y moral y el trabajo manual, y queridos los dos primeros por la amabilidad de su figura<sup>32</sup>. Por cierto, la preocupa-

---

<sup>31</sup> Profusa presencia en Dima, Igorre, Orduña (23%, frente al 16% de la famosa María de la ciudad), Turtzioz (casi única), Zeberio... Preside la entrada de Ondarroa y en Bedarona-Ea cuenta con un humilladero específico; no hemos podido establecer con claridad el motivo, si dirigismo de los constructores o respuesta de éstos al sentir popular al ser ambas localidades de secular tradición arrantzale, ni si influyó en la elección esa vertiente laboral de la advocación.

<sup>32</sup> Esporádicamente, otras advocaciones marianas popularizadas durante el Novecientos temprano, estilísticamente afines: Fátima, en Igorre; Lourdes y el secundario Sagrado Corazón de María, en Orduña.



ción por dar tono “culto” a la estatuaria en serie, sin duda por oferta de una funeraria y/o imitación entre convecinos, es una razón plausible para la aceptación de la Piedad de Miguel Ángel en Arratia (25% sobre 22 figuras en Arantzazu; Dima, Igorre...) y otros puntos, y de un ocasional Cristo daliniano (Miravalles-Ugao). Alguien escogió una Virgen del Pilar, desde antiguo asociada al culto caminero santiaguista y por ello difundida desde hace un siglo como protectora en el último viaje. Las únicas referencias localistas son la patrona de Bizkaia, Nuestra Señora de Begonia, infrarrepresentada (14%) por comparación con su éxito como nombre de pila hasta la moda neovasca de los últimos quince años<sup>33</sup>; y el Cristo de Limpías, que creímos presente por la cercanía de este concejo encartado a Cantabria, punto en parte desmentido por su presencia en muy dispares puntos de la Bizkaia central y oriental. El par de estos Nazarenos (5,5%), junto con otras tantas Dolorosas de velo negro y algún Crucificado realista son las únicas concesiones al dolor del Calvario. Es un tópico sociológico que nuestra época no prepara para el envejecer y el morir, antaño próximos y amenazantes a lo largo de toda la existencia. Esta difuminación del final, en muy gran medida inconsciente, nos explica el conjunto descrito tanto como las connotaciones salvíficas, que son atribuibles con dificultad a la joven María o a su esposo.

El siguiente paso fue buscar el hilo conductor de este abigarramiento, si lo tiene, en las devociones locales, ora tradicionales, ora “recientes”<sup>34</sup>. Las especificidades pueden tener origen alóctono y responder ante todo a criterios de originalidad o belleza; tal sucede con la Sagrada Familia, advocación no presente en las iglesias bermeanas pero que probablemente predomina en Mendiluz por ser el más vistoso de los relieves arriba indicados. En marzo de 1998 recontamos 146 imágenes (en su mayoría *kitsch*) de 140 nichos en Amorebieta, comunidad con apreciable proporción de emigrantes<sup>35</sup>. A éstos -cuyos afectos suponemos conocidos y respetados por sus familiares- se deben las especificidades con respecto al paradigma decimonónico arriba indicado, predominante con absoluta independencia del origen geográfico de los finados. Es cierto que los carmelitas cuentan con un convento en Larrea (Etxano, municipio unido al zornozano), de intensa actividad predicadora desde su renovación a comienzos del XVIII; y que, forzando un poco la interpretación, la Purísima es asimilable con la titular del templo matriz del municipio. Aun así, la impresión es de una globalización acorde con la simplificación que la Iglesia ha fomentado en esta última centuria y media, y en particular desde hace unos treinta años, siendo los particularismos reflejo del recuerdo cariñoso hacia el punto o región de procedencia tanto o más que de una vivencia religiosa específica. Por desgracia, nuestra sociología religiosa apenas labra en estos campos.

<sup>33</sup> Muy querida en poblaciones reducidas con amplia mayoría euskaldun, como Lemoa, se asocia a inhumados con apellidos vasco en comunidades mixtas, tal Miravalles-Ugao... pero se halla casi ausente en otras de aquellas mismas características.

<sup>34</sup> Es decir, de unos ciento veinte años a esta parte y, en la práctica, hasta 1931/36, habida cuenta del paréntesis de la guerra; del fracaso de los intentos franquistas por introducir ciertos cultos, como la Virgen de Fátima, por las connotaciones políticas con que llegaban revestidos a causa del amparo oficial y que por fortuna ya han perdido; y del reduccionismo devocional en el ritual cotidiano que ha seguido al Concilio Vaticano II (las fiestas patronales populares se han recuperado por resurgimiento cultural, no religioso).

<sup>35</sup> Para los porcentajes no se han considerado las oquedades sin imaginería, en total, la cata comprendió la totalidad de las nicheras del lado izquierdo. Resultados: María: 52%; Cristo: 30,2%; Sagrada Familia: incluidos el Niño y San José solos: 8,9%; otros santos (Rita, Teresita; Antonio de Padua): 5,5%; otros (ángeles, lámparas específicamente funerarias): 3,5%. De las Vírgenes: Carmen: 22% (sin contar sus escapularios, esporádicamente en otras imágenes); Purísima: 13%; advocaciones foráneas (Covadonga, Guadalupe, etc.): 6,9%; Fátima y Lourdes (de apariencia muy similar): 4,1%; Pilar: 3,4%; Milagrosa: 2%; Begonia: 0,7%.

Los *epitafios*, que han proporcionado excelentes pistas a la investigación inglesa, no forman parte de nuestras costumbres funerarias. Cabe espigar unos cuantos conmovedores poemas de calidad desigual, originales o basados en rimas apócrifas conocidas, dedicados casi en exclusiva a niños y jóvenes<sup>36</sup>. Nuestras tumbas se reservan el sufrimiento, culminando sin saberlo la campaña de supresión de las expresiones llamativas de duelo (llantos desgarradores de familiares y plañideras) iniciada a fines del XV. Una atrayente excepción nos lleva a Arratia, zona de evidente especificidad -y mesura- en la decoración funeraria. En Artea, tras una sombría despedida, las restantes frases invocan la bondad de Dios y confían en el reencuentro en la salvación<sup>37</sup>. A la salida de aquel valle en Lemoa, y en la no demasiado lejana a él Miravalles-Ugao leemos la fórmula de promesa de esponsales dictada por Juan XXIII, el Papa que supo expresar con sencillez ideas clave para el catolicismo de un mundo occidental en frenético cambio<sup>38</sup>. Tras reflexionar, se diría que en nuestro ambiente finisecular relativista y acre se intenta escoger puntales sólidos y en lo posible amenos: la cohesión matrimonial y familiar (recordemos los panteones bifamiliares), las propias señas de identidad (estelas, euskera; devociones del lugar de origen) y la esperanza en la unión con la divinidad, sentido para una concepción lineal de la existencia.

Cuidado: es demasiado tentador concluir así. ¿Qué encontraríamos en las nicheras si el muestrario comercial de las funerarias duplicase o triplicase su variedad? ¿Qué proporción actitudinal existe en el espíritu de quienes visten la tumba familiar con objetos religiosos, y apenas o nunca asisten al templo para rituales no de tránsito? ¿En qué medida influyen la presión social y la emulación? Los gastos de enterramiento son elevadísimos: ¿obligan a recurrir al kitsch para decorar y personalizar sin hundir el presupuesto de los aún vivientes? Si los municipios no reglamentasen, ¿se llegaría al extremo de encerrar panteones enteros en urnas de carpintería metálica repletas de objetos y flores de plástico -como en Basauri-, o se mantendría la relativa contención de la Bizkaia nuclear? ¿Está introduciendo en Bilbao variaciones significativas la reciente liberalización de las agencias funerarias? Sólo una serie de encuestas exhaustivas conseguiría darnos las respuestas.

---

<sup>36</sup> "La vida tiene secretos/ tan extraños por demás/ nos arrebató hasta las rosas/ pero nos deja el rosal./ Los que se fueron nos siguen/ desde su eterno lugar/ contemplan nuestros afanes/ mirándonos sin cesar.../ Elaine, angelito blanco/ lucerito de mi vida/ bendice a quienes subimos/ el pedregoso sendero" (Gordexola-Iratzagarria, para una pàrula [1987-1993]).

<sup>37</sup> "Agur joan zaigu" ('Adiós, se nos ha ido'), "Begoz Jaungoikoaren Besoetan" ('Descansen en los brazos de Dios'), "Agur! Egun aundirarte" ('¡Adiós! Hasta el gran día'), "Zabaldur Jauna zeruko atean" ('Ábre[le], Señor, las puertas del Cielo').

<sup>38</sup> "Otórganos, Señor, que por Tu amor nos amemos mutuamente y vivamos según Tu santa ley" (20.XI.1959).